



Mensaje del Presidente de las Cortes Españolas

D. Luis Jiménez de Asúa

Espanoles :

El Gobierno de la República Española en el Exilio quiere que este año sea yo, como Presidente de las Cortes Españolas, quien dirija a los desterrados el Mensaje del 14 de Abril, fiesta nacional auténtica, puesto que sin los tintes enemigos del 2 de mayo, y, más aún, sin la sangre que evoca la fecha que el llamado Caudillo ha entronizado como día nacional, trata, por el contrario, de recordar un instante de júbilo español que, sin desmanes ni homicidios, proclamó un régimen de libertad y democracia. Lo hago como Presidente de las Cortes que conforme al Artículo 74 de nuestra Constitución republicana se ve en el trance de asumir, cuando se precisa, las atribuciones de Presidente de la República, según dispuso una Ley del Gobierno Provisional cuando nos hallábamos componiendo el máximo Código Político. Ley ocasional, que en trance idéntico renace, ya que el mentado Artículo 74 no puede cumplirse íntegramente por no poder en el exilio convocar las elecciones para elegir al nuevo jefe de la República.

No importan los títulos con que me dirijo al pueblo español exilado y al que, tras esa otra cortina de hierro que el general Franco bajó con ademán mesiánico y autoritario, sufre con ausencia de libertad y sobra de impedimentos y añora, hambriento de democracia y del derecho de disidencia, el régimen a que tiene derecho un pueblo cargado de historia y ansioso de mejor futuro. Lo hago en una hora sobremanera propicia para quienes desde hace veinticuatro años pugnan por ser libres. No fuimos vencidos, sino derrotados. Tuvimos, ciertamente, que emprender otra ruta, la del destierro, en busca de pan, vestido y libertad, pero sin poner a media asta nuestra bandera, que ha consquistado su puesto en la Constitución que la describe, por haberse probado ya en los tres años de lucha contra el nazifascismo que desencadenaron en nuestra tierra traidores de dentro y sátrapas de fuera.

Al fin, muchos de los que combatieron del otro lado, no sólo abandonan, sinceramente arrepentidos, sus supuestos ideales y sus métodos de puño y pistola como pretendidos argumentos de convicción, sino que buscan a quienes sin vencimiento proclaman la necesidad de que España vuelva a su régimen de democracia y libertad como reza el artículo primero de nuestra Carta Magna. Esto es lo que Munich representa, sobre todo.

Las autoridades franquistas y sus más altos representantes diplomáticos reconocen que el régimen de Franco está agotado y que es preciso buscar salida a lo que carece del más modesto futuro. Terrible, para un sistema de autocracia que se creía establecido en España por la gracia de Dios, el persuadirse de que Dios le retira la supuesta gracia. Sin porvenir y sin convencimiento, el sistema que Franco instauró ha entrado en lisis, que rápidamente se convertirá en crisis, sin más solución que la nuestra. Por otra parte, la ayuda exterior que apuntaló un régimen condenado por los habitantes del país oprimido, se regatea y hasta se niega, contra la esperanza del llamado Caudillo, que creyó sacar partido de ciertas situaciones engañosas que al fin se aclaran en beneficio nuestro. Está a la vista el instante en que quienes pretenden paliar y hasta paralizar la inminente solución, se verán obligados, por clamores de dentro y de fuera, a conceder algunas libertades, como la sindical, con la esperanza de engañar a

los antiguos protectores, y con el secreto designio de no cumplir lo que en el papel escriban. Pero las cañas se vuelven lanzas, y el día en que el pueblo español empiece a gozar de unas pocas libertades que durante un cuarto de siglo no ha conocido, las defenderá con tesón y con energía tanta, que en vez de serle escamoteadas con habilidad de prestidigitador se harán más amplias, como se ensancha siempre la brecha abierta en las innumerables Bastillas que los pueblos han sabido abatir.

En ese instante hay que regresar a la patria lejana y maltrecha. Nuestro deber es pelear allí, como demócratas, con la ley, la verdadera ley como límite. Pero lo mismo que los hombres, los hombres pacíficos que eligieron el arado en vez de la espada para liberar a sus pueblos tuvieron a veces que cortar la marcha de sus legítimos anhelos, así nosotros no renunciaremos a la lucha para arrojar al fin de España el autoritarismo, la desigualdad y la violencia. Pero eso hay que hacerlo allí, en contacto con nuestros hombres y sobre todo con nuestros jóvenes, a quienes pertenece la España futura. Desde fuera nada es posible y todo consejo de combatir por la República carece de sentido o va tintado de cobarde alejamiento. Me dirijo sobre todo a los jóvenes. Los hombres de mi generación tenemos un pasado del que no nos arrepentiremos jamás y un presente en que el deseo de estar en España se ha transformado en angustia. Tenemos la experiencia y acaso nuestro consejo no sea inútil, pero librar a España de la tiranía, hacer una nación tolerante, con igualdad de oportunidad, libre y democrática, en suma, habitable para todos, esto corresponde a las juventudes que viven dentro y a las que están fuera. Han de completarse a maravilla. Los jóvenes del interior saben lo que es nuestra patria, la de los grandes contrastes y gestas esforzadas, lo que ahora necesita y lo que ha sufrido en veinticinco años de despotismo, pero los jóvenes que han crecido fuera saben lo que es democracia, lo que es socialismo, lo que es tolerancia. Lo han aprendido en el exilio, repartidos por tres Continentes.

Es para mí venturoso dirigir este Mensaje desde México, donde compongo estas cuartillas, que grabadas van a estar en los aires de los cuatro cuadrantes. Desde este México, ejemplar y

amigo. Todos los pueblos del orbe han abierto sus generosos brazos al español que huía de la barbarie mortícola desatada a su espalda. Todos le han dado un pedazo de pan para su hambre y un poco de agua para su sed; pero son poquísimos los Gobiernos que han puesto por encima de sus intereses el amor por el fugitivo y la justicia de la causa española. México más que otro alguno. México, que un día, andando los años y por el relato de los hijos españoles que aquí crecieron, se convertirá para el viejo peninsular, al fin liberado, en la leyenda de un país que supo hacer la justicia internacional que otros Gobiernos no tuvieron el valor de defender. ¡Nueva España! como antes se llamó. Nueva España, legendaria y amiga, los españoles, a punto de recobrar su Patria, te saludan con la bandera de tres colores, como la tuya, bien alta y desplegada.

México, 1963.